

seres están ligados por lazos de estrecha solidaridad, y que evolucionan hacia un fin común, hacia la adquisición de estados siempre más elevados.

Por esta concepción, todas las ideas de ley, todas las nociones de progreso, de justicia, de deber, se esclarecen con luz nueva. El sentimiento de las responsabilidades morales acrece: se entrevé ahí el remedio esperado, el remedio posible para los males, los desfallecimientos, las miserias que desolan y debilitan á la humanidad.

Y—cosa notable—esta revelación llega á la hora precisa en que todas las doctrinas se derrumban bajo el peso del tiempo, á la hora en que los sistemas religiosos se desquician, y en que el hombre quedaba reducido á buscar su ruta en la sombra. Llega esa revelación en los instantes en que la sociedad está combatida por fuerzas destructoras, y en que, desde sus capas más profundas, sube hacia el cielo un grito de sufrimiento y de desesperación. En esta hora de crisis es cuando nos vienen los mensajes de paz, de esperanza y de amor que las potencias del espacio, los espíritus de luz, traen á la pobre humanidad conurbada.

X

LA NUEVA REVELACION; LA DOCTRINA DE LOS ESPIRITUS.

El espiritualismo moderno, ya lo hemos dicho, es una forma nueva de la eterna revelación.

Para nosotros, revelación significa simplemente la acción de levantar un velo y descubrir las cosas ocultas.

Desde este punto de vista, todas las ciencias son revelaciones, pero hay una más alta, la de las verdades morales, que nos llega por intermedio de los misioneros celestes, y muchas veces por las inspiraciones de la conciencia.

Todos los tiempos y todos los pueblos han tenido su parte de revelación. Esta no es, como algunos lo creen, un hecho efectuado en una sola época, en un medio determinado, y sin repetición; no: es perpetua, incesante; es la obra del espíritu humano en sus esfuerzos por elevarse, bajo la influencia del espíritu divino, hacia el total conocimiento de las leyes y de las cosas. Esta influencia actúa muchas ocasiones sin que el

hombre se dé cuenta de ello. Por medios humanos obra Dios sobre la humanidad, así en el orden de los hechos históricos, como en el del pensamiento y de la ciencia.

A medida que la historia se desarrolla, á medida que se despliega, en el transcurso de los siglos, la inmensa caravana de la humanidad, una luz más viva se enciende en nosotros y en torno nuestro. La Potencia invisible que desde el seno de los espacios contempla esta marcha, nos dispensa, según nuestro grado de evolución y de comprensión, nuevos datos acerca del gran problema del universo y de la vida.

Las revelaciones de los siglos pasados han ejecutado su obra; al irse sucediendo, han marcado un nuevo progreso, y las jornadas sucesivas de la humanidad; pero no responden á las necesidades del presente, porque la ley del progreso obra incesantemente, y, á medida que el hombre avanza y se eleva, sus horizontes deben ensancharse. Por esta causa esos dones de lo alto se extreman hoy para el mundo.

Preciso es también recordar una cosa, y es que si cada grande época tiene sus reveladores, si poderosos espíritus vienen á traer á los hombres, según los tiempos y lugares, los elementos de verdad y de progreso, los gérmenes que han sembrado en el mundo se han vuelto con frecuencia estériles. Sus doctrinas, mal comprendidas, han dado nacimiento á religiones que se excluyen y se condenan injustamente, puesto que todas las creencias son hermanas y reposan sobre dos bases comunes: Dios y la inmortalidad. Ellas se fundirán, tarde ó temprano, en una vasta unidad, cuando las sombras que envuelven al pensamiento humano sean desvanecidas ante el sol de la verdad.

Al lado de los mensajeros divinos se han alzado muchos falsos profetas: pretendidos reveladores han procurado imponerse á las multitudes; doctrinas confusas y contradictorias se han difundido, con provecho aparente de algunos y, en realidad, con detrimento de todos.

Para prevenir tales abusos, la nueva revelación se presenta con otro carácter. No es obra individual ni se produce sólo en un medio circunscrito: es dada en todos los puntos del globo, á quienes la buscan, por mediación de personas de toda edad, de toda condición y nacionalidad, por medio de innumerables mensajes cuya validez se ha sometido á la comprobación más rigurosa.

La nueva revelación es de carácter impersonal y universal. Es obra de los grandes Espíritus del espacio, que á millares vienen á instruir y moralizar á la humanidad. Tiene por tarea esclarecer y coordinar todas las revelaciones del pasado. Estas, contenidas en los libros sagrados de las diferentes razas humanas, estaban veladas con el símbolo y la parábola. La revelación nueva, despojada de toda forma material, se manifiesta directamente á la humanidad, cuya evolución intelectual es ya suficiente para abordar los altos problemas del destino. Ha sido preparada por los trabajos de las ciencias naturales, sobre las cuales se apoya, y sobre los conocimientos lentamente adquiridos por el espíritu humano. La misma revelación fecunda y liga esos trabajos y esos conocimientos, formando así un conjunto sólido.

La revelación cristiana había sucedido á la revelación mosaica: la de los Espíritus viene hoy á completar las dos. El Cristo la ha anunciado, (1) y aun puede agregarse que él mismo preside esta nueva fase del pensamiento.

La revelación de los Espíritus no se produce por el vehículo de la ortodoxia, y por esto la desconocen las Iglesias establecidas; pero lo mismo sucede con la revelación cristiana con relación al sacerdocio judío. La clerecía cristiana se encuentra hoy en la misma situación que los sacerdotes de Israel hace dos mil años con respeto al cristianismo. Esta analogía histórica debe darle motivo para reflexionar.

La nueva revelación, pues, se manifiesta fuera de las iglesias y á pesar de ellas. Su enseñanza se dirige á todas las razas de la tierra: por todas partes proclaman los espíritus los principios en que se apoya: en todas las regiones del globo resuena la gran voz que llama al hombre hacia el pensamiento de Dios y de la vida futura. Por cima de las agitaciones estériles y de las vanas discusiones de los partidos; por cima de las luchas de intereses y del conflicto de las pasiones, la voz profunda descendiendo del espacio y viene á ofrecer á todos, con la enseñanza de la Palabra, la divina esperanza y la paz del corazón.

Esta es la revelación de los tiempos predichos. Ella exce-

(1) "Y, cuando los tiempos sean llegados, yo rogaré á mi Padre, quien os dará otro consolador, á fin de que él permanezca con vosotros eternamente; á saber, el Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir aún, porque no lo ve ni le conoce todavía." (Juan, XIV, 16 y 17.)

de á todas las enseñanzas del pasado, parciales, restringidas, limitadas en su acción; pero utiliza los materiales que han amontonado, los reúne, los cimenta, para formar un vasto edificio donde el pensamiento podrá desplegarse á su arbitrio. Ella abre una fase nueva y decisiva en la ascensión de la humanidad.

*
*
*

No se puede dejar pasar en silencio las muchas objeciones que se han puesto á la doctrina de los Espíritus. No obstante el carácter imponente de la nueva revelación, muchas personas sólo han visto en ella un sistema de más, una teoría especulativa. Aun entre los que admiten la realidad de los fenómenos hay algunos que han reprochado á los espíritas el haber formado con esos hechos una doctrina prematura, y haber menoscabado así el carácter positivo del espiritualismo moderno.

Quienes usan tal lenguaje no han comprendido la verdadera naturaleza del espiritismo. Este no es, como se pretende, una doctrina elaborada de prisa, y mucho menos una teoría preconcebida: el espiritismo es la consecuencia lógica de los hechos, el coronamiento necesario.

Desde hace medio siglo las comunicaciones establecidas con el mundo invisible no han cesado de proporcionarnos indicaciones numerosas y precisas acerca de las condiciones de la vida en el más allá. Por medio de mensajes que nos dirigen ya por la escritura automática, ya por dictados tiptológicos, ó bien por pláticas en las sesiones de incorporación, y en fin, por todos los medios posibles, los espíritus de todas categorías dan descripciones muy detalladas de su modo de existencia después de la muerte. Pintan las impresiones que han experimentado al separarse del cuerpo, los desengaños ó las satisfacciones que han sentido, según su género de vida en la tierra. De estas descripciones, comparadas y comprobadas, se desprende el conocimiento de la vida futura y de las leyes que la rigen.

Las inteligencias elevadas, en sus relaciones medianímicas con los hombres, vienen á completar esas indicaciones. Confirman las enseñanzas dadas por los espíritus menos avanzados, y elevándose más en concepciones, nos exponen sus miras, sus opiniones acerca de los grandes problemas de la vida y de la

muerte, de la evolución general de los seres, y de las leyes superiores del universo. Todas estas revelaciones concuerdan y se unen para formar una grandiosa filosofía.

Se ha creído notar ciertas divergencias de miras en las enseñanzas de los Espíritus, mas tales divergencias son más aparentes que reales. Consisten las más veces en la forma, en la expresión de las ideas, no alteran el fondo de la doctrina, y ante un maduro examen quedan desvanecidas. Tenemos de ello un ejemplo en lo tocante á las sucesivas reencarnaciones del alma.

De esta cuestión se ha hecho un arma contra el espiritismo, porque ciertos espíritus parecen negar, en algún país anglo-sajón, la reencarnación de las almas en la tierra. Haremos notar que en todas partes los espíritus afirman el principio de las existencias sucesivas, con esta sola reserva en el medio asaz circunscrito de que hablamos: que la reencarnación se efectúa, no sobre la tierra, sino en los otros mundos. Hay aquí, pues, sólo una diferencia de lugar; el principio queda intacto.

Si en algunos países imbuidos en prejuicios tenaces, los espíritus han debido pasar en silencio, al principio, algunos puntos de su enseñanza, ¿no era esto, como aquellos mismos lo han reconocido, para no fomentar ciertas vanidades de raza ó de color? Prueba lo anterior el hecho de que el número de espiritualistas reencarnacionistas, así en América como en Inglaterra, va minorando de día en día, mientras que el de los partidarios de la reencarnación no ha cesado de aumentar.

Se objeta que los espíritus que se nos manifiestan no son todos de orden elevado; que algunos adolecen de miras estrechas y de imperfectos conocimientos acerca de todas las cosas; que otros, están todavía imbuidos en prejuicios terrestres, y sus concepciones tienen el reflejo de los medios en que han vivido.

La muerte no nos cambia repentinamente, como ya lo hemos dicho. (1) En nuestra ruta infinita no hay ninguna transformación brusca: lentamente y después de muchas existencias, el espíritu se emancipa de sus pasiones, de sus errores y debilidades, y se eleva hacia la ciencia y la luz.

De este estado de cosas resulta necesariamente diversidad de situaciones entre los invisibles. Las comunicaciones de los

(1) Véase el capítulo IX.

habitantes del espacio son, como sus autores, de valía desigual, y sujetas á comprobación, y por lo mismo, deben someterse al crisol de la razón y del juicio.

Así pues, el moderno espiritualismo no dogmatiza ni se inmoviliza: no tiene pretensión á la infalibilidad. Aunque superior á las que le han precedido, la enseñanza espírita es progresible, como los mismos espíritus: se desarrolla y completa á medida que por la experiencia se realiza el progreso en las dos humanidades, la de la tierra y la del espacio; humanidades que se penetran la una á la otra, y de las cuales debe formar parte, alternativamente, cada uno de nosotros.

Los principios del espiritualismo moderno han sido expuestos, establecidos, fijados por los numerosos documentos emanados de fuentes medianímicas las más diversas, existiendo entre ellos perfecta concordancia. Allan Kardec primero, y después de él todos los escritores espíritas, se han dedicado á largo y minucioso examen de los mensajes de ultratumba. Agrupando y coordinando todo lo que en ellos había análogo, han reunido los elementos de una enseñanza racional, que da satisfactoria explicación de todos los problemas que antes eran insolubles. Esta enseñanza es siempre comprobable en todas partes, puesto que la fuente de donde emana no se agota. La comunicación establecida entre los hombres y los espíritus es permanente y universal: ella se afirmará más y más con los progresos de la humanidad.

Si es cierto que los espíritus oscuros y atrasados abundan en torno de nosotros, necesario es no perder de vista que las almas elevadas, descendidas de las esferas de luz, vienen también á traer á la tierra estas sublimes enseñanzas, que no se olvidan cuando se las ha escuchado, porque, tan insinuantes como persuasivas, todos los que participan de esas instrucciones conservan largo tiempo la impresión y el recuerdo de ellas. Fácil es comprender que su lenguaje no es de este mundo, sino que viene de lo alto.

A estos Espíritus radiosos se unen con frecuencia las almas de nuestros prójimos, de los que hemos amado aquí, y cuya suerte no puede sernos indiferente. Desde que hemos comprobado la identidad de esos seres queridos, y cuando su personalidad es indudable, ¿no se despierta en nosotros la imperiosa necesidad de conocer las condiciones de su nueva vida?

¿Cómo podríamos permanecer sordos, insensibles, indiferentes á la voz de los que nos han arrullado en la cuna y llevado en sus brazos; de los que han sido un día nuestra carne y nuestra sangre? Esta afección que nos une á nuestros muertos, este sentimiento que nos eleva por encima de las polvaredas terrestres y nos distingue del irracional, ¿no constituye un deber de recoger piadosamente, de examinar y propagar todo lo que nos revelan tocante á los graves problemas del destino, vedados desde hace tantos siglos al limitado pensamiento humano?

Quienes no quieren ver en el espiritualismo moderno más que el lado experimental, el hecho físico, desechando las consecuencias que de éste se desprenden, ¿no prefieren la cáscara á la nuez, la cubierta del libro al libro mismo? ¿No conocen el sabio consejo de Rabelais que dice: "Romped el hueso y chupad la médula?" Y es, en efecto esta enseñanza una médula fortificante: ella nos cura del miedo á la muerte, y nos arma para las luchas fecundas, para la conquista de las grandes alturas intelectuales.

El espiritismo tiene su lado científico: reposa sobre pruebas sensibles, en hechos innegables; pero sus consecuencias morales son, sobre todo, las que interesan á la mayoría de los hombres. La experimentación, el minucioso análisis de los hechos no están al alcance de todos. Aun cuando el tiempo no faltara, necesarios serían los agentes, los medios de acción y de comprobación. Los humildes, los pequeños, los que forman la masa del pueblo, no siempre tienen lo que es necesario para el estudio de los fenómenos, y ellos son precisamente los que más necesitan conocer todos los frutos y el alcance de dicho estudio.

* * *

La doctrina de los Espíritus puede resumirse en tres puntos esenciales: la naturaleza del sér; sus destinos; las leyes superiores del universo. Los tocaremos sucesivamente.

El estudio más necesario para nosotros, es el de nosotros mismos: lo que ante todo nos importa, es saber lo que somos. Y de todos los problemas, éste es el que ha permanecido más obscuro hasta hoy. En la actualidad, el conocimiento de la na-

turalidad íntima del hombre se desprende más bien de las comunicaciones dictadas por los espíritus, que de la observación directa de los fenómenos del espiritismo y del sonambulismo.

El hombre tiene dos cuerpos: el uno, de materia grosera, que le pone en relación con el mundo físico; el otro, fluídico, por medio del cual entra en relación con el mundo invisible.

El cuerpo físico es perecedero y se desvanece con la muerte; es un vestido prestado mientras dura nuestro viaje terrestre. El cuerpo fluídico es indestructible, pero se afina y se depura con los progresos del alma, de la cual es envoltura permanente é inseparable. En él se debe ver el verdadero cuerpo, el tipo de la creación corporal, el canavá en que se desarrolla el plan de la vida física; sobre él se modelan los órganos y se agrupan las celdillas, y es el que asegura su funcionamiento. El periespíritu ó cuerpo fluídico es el agente de todas las manifestaciones de la vida, así en la tierra para el hombre, como en el espacio para el espíritu. Contiene, pues, la suma de vitalidad necesaria al sér, para nacer y desarrollarse.

Los conocimientos acumulados en el curso de nuestras vidas anteriores, los recuerdos de nuestras existencias pasadas, se agrupan y se registran en el periespíritu. Exento de las constantes mutaciones sufridas por el cuerpo material, es el sitio imperecedero de la memoria, y asegura su conservación.

El plan admirable de la vida se revela en la constitución íntima del sér humano.

Siendo llamado el hombre á habitar alternativamente dos mundos diferentes, su organismo debía contener todos los elementos propios para ponerle en relación con esos mundos, y para facilitar su obra de progreso. No sólo nuestros sentidos actuales están llamados á desarrollarse, sino que el periespíritu encierra, además, los gérmenes de sentidos nuevos que nacerán y se manifestarán en el curso de nuestras existencias futuras, y ensancharán más y más el campo de nuestras sensaciones.

Nuestros modos de percepción están en consonancia con nuestro grado de adelantamiento, y en relación directa con el medio en que habitamos. Todo se encadena y se armoniza en la naturaleza física como en el orden moral de las cosas. Un organismo superior al nuestro no habría tenido razón de ser en un mundo en que el hombre viene á ensayar sus primeros

pasos y á recorrer las primeras jornadas de su ruta infinita. Pero nuestros sentidos son capaces de perfeccionamiento ilimitado. El hombre actual posee todos los elementos de su grandeza futura; por progresión creciente verá manifestarse en su derredor, en todas las cosas, propiedades y cualidades que le son aún desconocidas. Aprenderá á conocer las fuerzas, las potencias de que no supone ni aun la existencia, porque no hay relaciones posibles entre ellas y el organismo imperfecto de que dispone al presente.

El estudio del periespíritu nos muestra desde ahora cómo el hombre puede vivir simultáneamente de la vida física y de la vida libre del espacio. Los fenómenos del sonambulismo, del desdoblamiento, de la visión, de la acción á distancia, son otros tantos modos de esta vida exterior de que no tenemos conciencia durante la vigilia. El espíritu en la carne, es como un prisionero en su calabozo: el estado de sonambulismo y de mediumnidad le hace salir, le permite extender algo ó mucho el círculo de sus percepciones; todo esto manteniéndole unido por un lazo á su envoltura. La muerte es su completa liberación.

A estas diversas formas de la vida corresponden grados diversos de conciencia y de conocimiento, tanto más elevados cuanto que el espíritu es más libre y más avanzado en la escala de las perfecciones.

Observando asiduamente estos diferentes aspectos de la existencia, se llegará al conocimiento perfecto del sér. El hombre cesará de ser para sí mismo un misterio viviente; no estará ya, como lo está todavía hoy, desprovisto de nociones precisas acerca de su naturaleza íntima y de su porvenir.

La ciencia oficial tiene el deber de estudiar los profundos orígenes de la vida: mientras reduzca sus observaciones sólo al cuerpo físico, que es la simple manifestación exterior, superficial, la fisiología y la medicina quedarán adoleciendo de impotencia y de esterilidad.

Nosotros hemos visto, por ciertas experiencias de fotografía y de materialización, ⁽¹⁾ cómo el cuerpo fluídico emite vibraciones, radiaciones que varían de forma y de intensidad según el estado mental del operador. Es la demostración positiva de

1. Véase pág. 145

este hecho, afirmado por los mensajes de ultratumba: la potencia de irradiación del espíritu, la extensión de sus percepciones, son siempre proporcionales á su grado de elevación. La pureza, la transparencia de la envoltura fluídica son, en el espacio, los testimonios irrecusables de la valía del alma: el afinamiento de sus elementos constitutivos, la amplitud de sus vibraciones, aumentan con esa depuración. A medida que la moralidad se desarrolla, nuevas condiciones físicas aparecen en el cuerpo fluídico.

Los pensamientos, las acciones del sér reobran constantemente sobre su envoltura, y según su naturaleza, la emburden ó la utilizan. El estudio perseverante, la plegaria, la práctica del bien, el cumplimiento del deber en todas las condiciones sociales, son otros tantos factores que favorecen la ascensión del alma, contribuyen á su depuración, acrecen el campo de sus sensaciones y la suma de sus goces. Por una impulsión intelectual y moral prolongada, por tendencias meritorias, aspiraciones generosas y grandes sacrificios, la irradiación del espíritu se extiende gradualmente, sus vibraciones periespirituales se activan, su brillo se hace más vivo, al mismo tiempo que se minora la densidad de su envoltura. Estos fenómenos se producen en sentido inverso en los séres inclinados á pasiones violentas ó á placeres sensuales: su modo de existencia determina en el cuerpo fluídico un aumento de densidad y una reducción de la actividad vibratoria, de donde viene el obscurecimiento de los sentidos y la disminución de las percepciones en la vida del espacio.

El espíritu vicioso que persiste en el mal, puede así hacer de su organismo una verdadera tumba, en la cual se encontrará como sepultado después de la muerte, hasta una nueva encarnación.

El poder, la dicha, la irradiación del espíritu dependen de la depuración de su envoltura, siendo esa purificación la consecuencia de su progreso moral: se comprenderá, por esto, cómo el sér es el factor de su propia desgracia ó de su felicidad, de su abatimiento ó de su elevación. Así pues, el hombre mismo es el creador de su destino por sus actos: la repartición de los goces y de los bienes es el resultado matemático de los méritos, de los esfuerzos, de los largos trabajos de cada uno de nosotros.

El hombre tiene dos cuerpos, decíamos, mas ellos son sólo envolturas, vestidos; el uno persistente y sutil, el otro grosero y cambiante. El alma del hombre es el *yo pensante* y consciente.

Llamamos *espíritu* á la alma revestida de su cuerpo fluídico. El alma es el centro de vida del organismo físico: ella es quien siente, piensa y vive: el cuerpo físico, unido al cuerpo fluídico, constituye el doble organismo con ayuda del cual aquella obra sobre el mundo de la materia.

La muerte es la operación por la cual esos elementos se separan. El cuerpo físico se desagrega y vuelve á la tierra. El alma, revestida de su forma fluídica, se encuentra libre, independiente, tal como ella misma se ha formado, intelectual y moralmente, en el curso de las existencias recorridas. La muerte no la cambia; le permite recobrar, con la libertad, la plenitud de sus facultades, de sus conocimientos, y el recuerdo de sus vidas anteriores. Le abre los campos del espacio; el espíritu se lanza, y se eleva tanto más alto, cuanto que su esencia sea más afinada, menos cargada de los elementos impuros que acumulan las pasiones terrestres y los hábitos materiales.

Hay, pues, para el espíritu humano tres estados de vida: la vida en la carne; el estado de desprendimiento ó de desencarnación parcial durante el sueño; la vida libre del espacio. Estos estados corresponden á los tres mundos en los cuales el alma debe trabajar para su progreso constante; el mundo material, el mundo fluídico y el mundo superior. Recorriéndolos el alma durante muchos siglos, persigue la realización, en ella misma y en torno de ella, de lo bello, de la verdad, del bien, y conquista el amor que la aproxima á Dios.

*
* *

Las anteriores consideraciones nos hacen comprender que la ley del destino consiste en el desarrollo progresivo del alma, que fabrica su personalidad moral, y crea ella misma su propio porvenir: es la evolución racional de todos los seres, partidos del mismo punto para llegar á las mismas alturas y á las mismas perfecciones. Esta evolución se prosigue alternativamente en el espacio y en la superficie de los mundos, á través de

innumerables existencias; pero todas éstas están ligadas por la ley de causa y efecto. La vida presente es, para cada uno de nosotros, la herencia del pasado y el alumbramiento del porvenir.

Es la vida humana escuela y campo de labor; la vida del espacio, que la sigue, es la resultante. El espíritu cosecha, en la luz, lo que ha sembrado en la sombra, y, con frecuencia, en el dolor.

El espíritu se encuentra en el más allá tal como él se ha hecho por la lenta y laboriosa educación en sus vidas pasadas; con sus adquisiciones intelectuales y morales, sus cualidades y sus defectos, sus inclinaciones, sus tendencias y afecciones. Lo que somos moralmente en este mundo lo somos también en el otro: de aquí viene nuestra dicha ó nuestro sufrimiento. Nuestros goces son tanto más vivos, cuanto que mejor preparados estemos á esa vida del espacio, en que el espíritu es todo, y la materia poca cosa; en donde no hay necesidades físicas que satisfacer, ni otros goces que los de la inteligencia y del corazón.

Para las almas apegadas á la materia, la vida del espacio es vida de privaciones y de miseria; es la ausencia de todo lo que les puede agradar. Los espíritus que han sabido emanciparse de los hábitos materiales, y viven por las altas facultades del alma, hallan, al contrario, un medio conforme á sus gustos, un vasto campo abierto á su actividad. En esto sólo hay, en realidad, una cabal aplicación de la ley de las atracciones y de las afinidades, y las consecuencias naturales de nuestros actos, que recaen sobre nosotros.

El desarrollo gradual del sér determina en él aptitudes más y más afinadas de impresiones y de sensaciones. A cada victoria sobre el mal, á cada progreso nuevo, se extiende su círculo de acción. Después de las sombrías regiones terrestres, donde reinan los vicios, las pasiones, los furores, se abren para él las profundidades estrelladas, los mundos de luz con sus encantos, sus esplendores, sus arrobadoras armonías. Después de las existencias de pruebas, de lágrimas y sacrificios, la vida dichosa, el júbilo de las divinas afecciones, las benditas misiones al servicio del eternal Creador.

Por el contrario, el mal uso de nuestras facultades, el ahinco por los goces físicos, las satisfacciones egoístas, amenguan

nuestros horizontes, acumulan la sombra en nosotros y en nuestro derredor. En estas condiciones, la vida del espacio no nos ofrece más que tinieblas, desazón, inquietud, ante la visión vaga y confusa de las almas dichosas, y el espectáculo de una felicidad que no hemos sabido merecer.

El alma, después de cierto tiempo de reposo en el espacio, renace á la condición humana. Lleva las adquisiciones y lo acaparado en sus vidas anteriores. Así se explican las desigualdades intelectuales y morales que diferencian á los habitantes de nuestro mundo. La superioridad nativa de ciertos hombres proviene de sus obras pasadas. Somos más jóvenes ó más viejos espíritus, cuanto que hemos trabajado poco ó mucho, y adquirido más ó menos virtudes y ciencia. Así pues, la infinita variedad de caracteres, de aptitudes y de gustos, cesa de ser un enigma.

Sin embargo, el alma reencarnada no puede utilizar siempre y en su plenitud las potencias y las facultades adquiridas. Dispone aquí en la tierra de un organismo muy imperfecto, de un cerebro que no ha almacenado ninguno de los recuerdos de otro tiempo. No puede encontrar en ellos todos los recursos necesarios para la manifestación de sus ocultas energías. Pero el pasado queda en ella; sus intuiciones y sus tendencias son la revelación sensible de esto.

Las facultades innatas en ciertos niños; los jóvenes prodigios, los artistas, músicos, pintores, sabios, son claros testimonios de la existencia de esta ley. Alguna vez también, almas de genio y orgullosas renacen en cuerpos enfermizos, miserables, para humillarse y adquirir las virtudes que les faltan: la paciencia, la sumisión, la resignación.

Por las mismas razones se explican las existencias penosas, las vidas de lucha y de sufrimiento. Estas son formas transitorias, pero necesarias, de la vida inmortal; cada alma las conocerá á su turno. La prueba y el sufrimiento son otros tantos medios de reparación, de educación y elevación; por ellas borra el sér un pasado culpable y recobra el tiempo perdido; por ellas, los caracteres se tiemplan, se adquiere la experiencia, y el hombre se prepara á nuevas ascensiones. El alma que sufre busca á Dios, piensa en rogarle, y así se aproxima á El.

Cada sér humano, al volver á este mundo, pierde el recuerdo de su pasado; éste, registrado en el periespíritu, des-

aparece momentáneamente bajo la envoltura carnal. Esta es una necesidad física; es también una de las condiciones morales de la prueba terrestre que el espíritu viene á afrontar de nuevo: vuelto al estado libre, despojado de la materia, recobra la memoria de las numerosas etapas recorridas.

Este olvido temporal de nuestras existencias anteriores, estas alternativas de luz y de obscuridad que se producen en nosotros, por extrañas que parezcan á primera vista, se explican fácilmente. Si la memoria actual no nos permite recordar nuestros primeros años, no es sorprendente que hayamos olvidado las vidas que están separadas una de otra por una larga permanencia en el espacio. Los estados de vigilia y de sueño por que pasamos cada día, así como las experiencias de sonambulismo y de hipnotismo, nos prueban que se puede olvidar momentáneamente la existencia normal, sin perder por esto la personalidad. Los eclipses de igual naturaleza, tocante á nuestras existencias pasadas no tienen, pues, nada de inverosímil. Nuestra memoria se pierde y se recobra á través del encañamiento de nuestras vidas, como durante la sucesión de los días y de las noches que componen la existencia actual.

Con referencia á lo moral, el recuerdo de nuestras vidas precedentes causaría aquí profundas perturbaciones. Los criminales que renacen para redimirse, serían reconocidos, rechazados, despreciados; ellos mismos se sentirían aterrorizados y como hipnotizados por sus propios recuerdos. La reparación del pasado se haría casi imposible y la existencia insostenible. Igual cosa sucedería, en grados diversos, con todos aquellos cuyo pasado estuviese manchado. Los recuerdos anteriores serían en la vida social causa de odio y elementos de discordia, que agravarían la situación de la humanidad y harían irrealizable todo mejoramiento. El pesado fardo de los errores y de las faltas, la vista de los actos vergonzosos inscritos en las páginas de su historia, afligirían á la alma y paralizarían su iniciativa. En los que le rodean podría reconocer enemigos, perseguidores, rivales; sentiría despertarse y recrudescer en ella las malas pasiones, que su nueva existencia tiene por objeto destruir, ó al menos atenuar.

El conocimiento de las existencias pasadas perpetuaría en nosotros, no solamente la sucesión de los hechos que en ellas se efectuaron, sino también los hábitos rutinarios, las miras